

# Lo que se escucha en los conciertos

Luis Ignacio Helguera

## ¿POR QUÉ TOSE LA GENTE EN LOS CONCIERTOS?

• Por qué tose la gente en los conciertos? ¿Y por qué se contagia la tos en los conciertos, como en todas partes los bostezos, hasta desencadenar una verdadera epidemia entre movimiento y movimiento de la obra que había ido uno a escuchar en su desnuda pureza? Por supuesto, es de sospecharse que la abrumadora mayoría de las veces no es irremediable esa tos, como sí suele serlo un estornudo. Luego, ¿por qué tose la gente en los conciertos?

Quizás sea como respuesta mecánica al estímulo de la música, al modo en que acostumbra serlo el aplauso. Quizás como recurso inconsciente para reafirmar nuestra personalidad en medio del torbellino de la música. Escribió Eduard Mörke en su relato sobre Mozart: "El hombre quiere y teme a un tiempo ser arrancado a su ser ordinario, siente que lo infinito lo rozará, que su pecho se encoge cuando ese infinito aumenta y pretende arrebatar su espíritu por la fuerza". Se puede inferir que la tos es nuestra última ancla contra la sensación de que la música nos ha anulado o arrancado brutalmente de nuestros asientos. A una tos sigue otra y a ésta, otra, y a ellas, muchas más, lista de asistencia, coro de toses que exclaman: "¡Aquí estoy!" "¡Y yo también!" "¡Y yo!" "¡Yo también sigo aquí!" "¡También yo he sobrevivido!" "¡Y yo y yo y yo..."

No hace tiempo abrió inscripciones una Academia de Tos en que, como a las claras su nombre lo indica, se imparte a la gente, en especial asistentes a conciertos y neuróticos, la técnica y el conocimiento de los momentos propicios para toser. En sus pasillos de recreo se fomentan los resfríos, el tabaquismo y el smog. Pues el mal, dicen allí, no está en fumar ni en los padecimientos pulmonares o de las anginas, sino en toser de modo incorrecto. Y si en la clase práctica se imparten y ejercitan las técnicas más avanzadas para toser de la forma adecuada, en la hora teórica se provee al educando de una sólida cultura musical que le permita toser con pertinencia y buen gusto durante los conciertos. Para el objetivo, circulan ya discos grabados ex profeso que contienen exclusivamente finales de movimientos y pausas de extensión mínima y máxima entre movimiento y movimiento de obras famosas e incluso no tan famosas. Ya se verá que esto es tan arduo como estudiar en el Conservatorio y aprender a entrar con el instrumento en el momento preciso que señala la partitura. Comienza, por cierto, la Academia a editar con particular éxito partituras de finales e inicios de movimientos y pausas de extensión mínima y máxima de obras famosas e incluso no tan famosas para gente educada que asiste a los conciertos con el único fin de toser espaciadamente en ellos. La Academia no regala títulos, y por eso, cuando algún estudiante mediocre o mero neófito tose sobre la música, no tardarán los doctos de la tos en reprenderlo con estridentes,

duraderos y seriales "¡¡Sshhh!!!" de cuya técnica y ejecución exacta también provee la escuela al pupilo.

Acaso la consecuencia de un odio sin límites al silencio, acaso un alivio para gente que no puede soportar mucho rato sin despegar los labios o un tic nervioso que desencadena la tensión emotiva de la música. Un hombre, notificaba con tristeza un periódico, falleció en su palco tras la ejecución de una sinfonía de Mahler a causa de un ataque de tos que devino en paro cardíaco.

Quizás un consuelo para melómanos que no llegaron a cantantes. Quizás un vanidoso afán de fusión con la música, sobre todo cuando hay grabaciones en vivo de por medio, como en ciertas grabaciones de Furtwängler, en que, acota Eduardo Lizalde, alcanza a oírse la tos de Hitler.

Contra la Academia, Vick y RCA Victor se aliaron, sin frutos, para proponer que a la entrada de la sala se suministraran de modo gratuito abundantes pastillas, diseñadas como disquitos, contra la reseca de la garganta. Entre otras cosas, pasaron por alto que de ese modo no queda más remedio al respetable público que difundir ruidos con la envoltura de papel de las pastillas, así como un surtido repertorio de sutilezas percusivas con la lengua y la dentadura. La alternativa es servir cucharaditas de jarabe contra la tos en las puertas de acceso. Pero siempre habrá quienes detesten los jarabes. Y entre ellos nunca faltará, como nunca falta quien se cuele a la sala sin boleto, quien se cuele sin la previa ingestión reglamentaria. Ése toserá, y hará olvidar a los demás el hecho de que tomaron jarabe, de manera que la tos esparcirá su acostumbrado dominio.

En resumen, parecería que por más mutaciones que pueda sufrir la humanidad, como si se tratara de un gesto ritual inveterado, acaso ontológicamente esencial, de una epidemia incurable y perenne, seguirá habiendo tos en los conciertos, y la verdad sea dicha, las preguntas que surgen hoy en la hora teórica de la Academia son de más actualidad e interés: ¿por qué no tose la gente en el cine?, ¿no sería un concierto sin toses como un cine sin palomitas?, ¿por qué habrá tos sin concierto?, ¿cuándo redactará la vanguardia un concierto para tos y orquesta? Y si se redactara, ¿qué tan válido sería que la gente tosiera durante el mismo?

## RADIOGRAFÍA DEL APLAUSO DE CONCIERTO

Se dirá en su defensa que es alto signo de civilización y progreso, pues hasta no hace mucho tiempo música y músicos, especialmente contemporáneos, se llevaban abucheos, y ahora, por no ceder a la mala educación y no apostarle a nada, el público lo aplaude todo.

La única obra que a últimas fechas se ha salvado, que yo sepa, es 4'33" de John Cage, porque la gente está esperando

que la música acabe para aplaudirla y la música no empieza, o parezca, pues consiste precisamente en aplausos, y tose, bostezos, rechinidos de butaca, hojas de programa manipuladas como envoltura de regalo, de modo que concluye sin el noble reconocimiento de las palmas. Un musicólogo ofreció una fiel, expresiva, por todos conceptos interesante versión de la obra "silenciosa" de Cage al grabarle en cassette al amigo que se la había solicitado su propia grabación de 4'33", es decir, los ruidos que hacía al manejar el aparato de sonido para grabar 4'33".

Nadie es perfecto, y aún aplaudiéndolo todo, el público se equivoca, como cuando ovacionó en cierto recital en vivo la despistada y desastrosa interpretación de la Balada en Sol menor de Chopin que ofreció Sviatoslav Richter. Como furioso por su defectuosa versión, se vengó enseguida Richter con un Prokofiev, y nada menos que la Sonata núm. 7, impecable y de veras excepcional, que apenas mereció del auditorio unas cuantas palmaditas soñolientas. Con razón decía Jean Cocteau que daban ganas de aplaudir a Stravinsky en las mejillas del público.

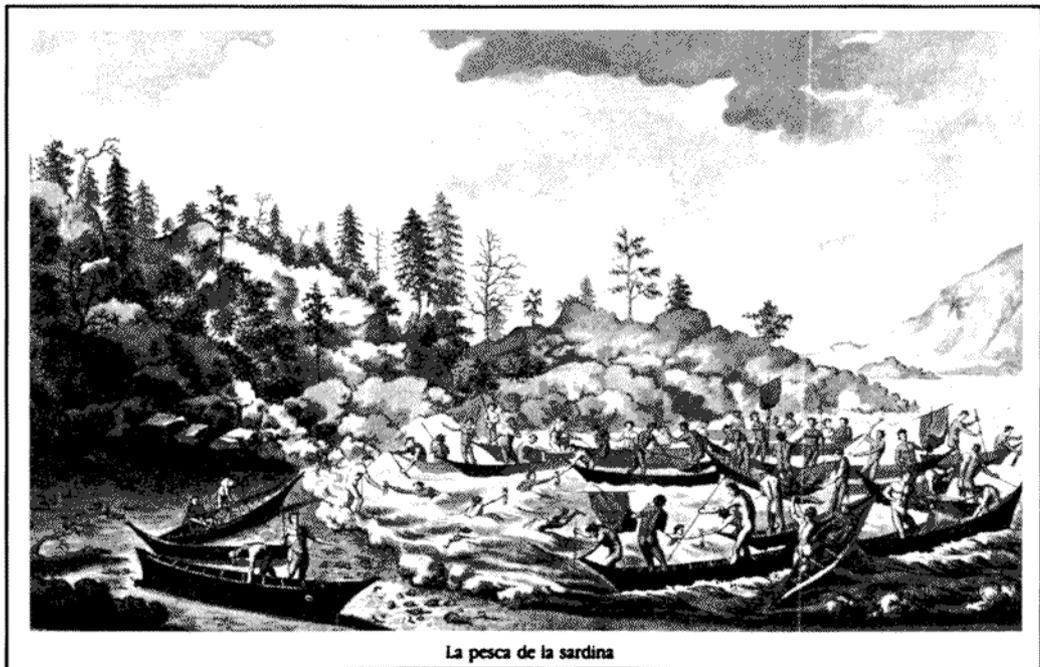
Se dirá asimismo que el aplauso es una manifestación de la sensibilidad y emotividad irreprimibles del público, como prueba el hecho de que alcance leve catarata, aniquilada por sapientes y orgullosos Sshh, entre movimiento y movimiento de una obra. Quienes regañan acusan a los regañados de terrible ignorancia como éstos a aquéllos de frialdad y falta de espontaneidad en sus emociones.

Otra utilidad innegable del aplauso es fungir como brújula de los críticos musicales vanguardistas, partidarios de una idea democrática y como mayoría de votos del valor del arte.

En efecto, estos críticos de prensa cuentan el aplauso como voto depositado en la urna de su oreja. Van a los conciertos a escuchar aplausos. Van a los conciertos a recibir cariños del arte de las palmas. Van a los conciertos a ver a los músicos y a oír al público —como apunta Joaquín Bemo!— y cargan como instrumento de trabajo un extraño cronómetro-metrónomo que registra cantidad, calidad, frecuencia, intensidad, expresividad, duración, ritmo, timbre, armonía, técnica, personalidad de los aplausos del concierto que ellos cubren. ("Cubren" es desde luego término más profesional que "escuchan"). A más y mejores aplausos, mejor concierto y mejor música.

Confieso casi con vergüenza que lo único que me gusta escuchar inmediatamente después de la música que amo es el silencio, porque sólo en el silencio se expande a sus anchas la impresión total que deja la composición, su sabor, sus mejores momentos, sus últimos compases. Y viceversa, con la música que menos soporto lo que más quiero escuchar es desde luego la larga serie de aplausos que notifica que ya todo pasó. Sólo entonces suena oportuna esa fritanga, ese lenguaje de tortilleras elevado a pretensión y a gesto de exquisitez social y estética. Si el instante posterior al último instante de la música de Mozart sigue siendo de Mozart, ¿por qué adueñarnos de él con la mediocre música de nuestras palmas como si estuviéramos en el circo o, mejor, en el zoológico, volviendo a nuestro origen de monos?

¿Por qué no el silencio? ¿Por qué no salir todos del concierto en hilera silente, como al salir de la iglesia después de una Misa de Réquiem? ¿Y por qué no, si también el silencio sabe ser festivo? □



La pesca de la sardina